¿Por qué los vivos se empeñan tanto en silenciar a los muertos, de tal modo que el rumor de un golpe en una tumba aterroriza a una ciudad entera?

Qué otra fuerza si no la del miedo nos lleva a construir mausoleos de mármol que mil vivos no podrían levantar. Debajo del tonelaje los cuerpos no pueden hacer otra cosa que frenar su resistencia y sucumbir a la traición bacteriana en silencio. Sepultados en un lote de tierra, pero también en el tiempo. A una lápida nueva se le graba lo que sea y el tiempo lo hace dogma. Uno puede pasar por una hilera de tumbas que ponen «Aquí yace el cuerpo de...» o «consagrado a la memoria de...» y sin embargo estar la mitad vacías.

La condena a permanecer callados es el elogio del curador. Artistas afortunados —generalmente muertos— pasan a la bóveda subterránea de la colección del museo, pero distinto del mausoleo, que por muy pesado no es hermético, el museo es a prueba de tiempo, o tanto como lo permita la asepsia de la conservación. Sin ácido, grasa, piel muerta, humedad ni contacto; el artista se ha vuelto finalmente inmortal como bien enajenado.

---

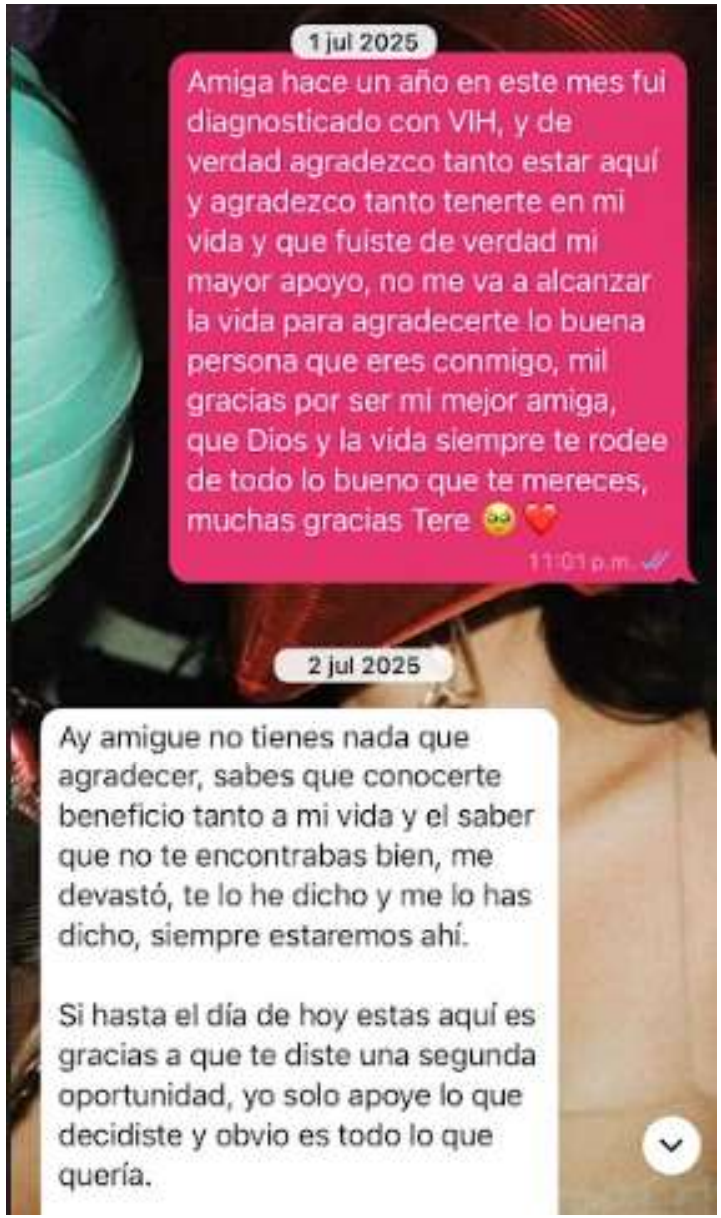
*_Jorge Bordello_ es un artista visual interesado en las tensiones entre documento, ficción y relato público; investigaciones con intersección en el VIH.

El artista como adquisición juega el primer rol en el proceso colegiado de toma de decisiones. Como a la cabeza de ballena cercenada en la cubierta del ballenero, se le harán preguntas —¡Habla noble y venerable cabeza!—, pero esa cabeza sobre la que brilla ahora el sol; que se ha movido por los cimientos del mundo; que ha visto bastante para desgastar los planetas no dirá ni una sílaba. Permitiendo que el capitán continúe con su monólogo enloquecido. En el caso del curador con su tema de investigación.

El punto de mi texto no es la falta de agencia de los artistas positivos, es lo contrario, es señalarnos una política de silencio que nos favorezca en un terreno de extractivismo etnográfico y precariedad laboral. Es una invitación al chisme. Uno de mis amigos seropositivos suele decir que el mundo no está acostumbrado a que las personas positivas hablemos, y ni se imaginan que hablamos entre nosotros, agregaría yo.

Con lo que no cuenta el sistema artístico, dependiente de la enajenación patrimonial, es que los artistas positivos no nos organizamos de manera gremial, si no comunitaria. Que nuestra asociación es muchas veces erótica y cómplice antes que profesional y pública, alojamos nuestra memoria a un sitio más bien privado que puede hacer las paces con la malicia efímera del encuentro, la memoria de los muertos y los detalles detrás de la pérdida. Las olas de interés académico pondrán a artistas positivos de comodidad pública periódicamente a la vista. Por la tarde vhisibles e invhisibles se reúnen alrededor de los límites de la institución, quemándola viva con rumores, conversando historia por fuera de la historiografía.

El chisme no puede ser adquirido, es análisis cualitativo. A la información preciosa de subjetividad se accede a través del intercambio de otras informaciones valiosas combinadas con una demostración de criterio



comenzaron a pensar la cura como un proceso de siembra.

> *¿Cómo sería esa semilla? ¿Qué tierra necesitaría para crecer? ¿Qué tipo de planta sería el VIH si lo imagináramos como un organismo vivo dentro de un ecosistema más amplio?*

Las respuestas a estas preguntas no buscaban soluciones médicas, sino abrir un terreno fértil para la metáfora, la memoria y la invención. De ese ejercicio surgieron los textos que componen la siguiente sección. Algunos se acercan al poema, otros al relato, a la memoria o al sueño.

El proyecto también propuso imaginar un prospecto para un futuro posible: un tipo de carta colectiva que acompañe las distintas curas imaginadas. No como un instructivo farmacéutico tradicional, sino como un gesto de anticipación. Un modo de mirar hacia adelante y preguntarnos qué formas de vida, de cuidado y de justicia podrían crecer a partir de estas semillas.

El segundo taller de este proyecto fue facilitado por el artista Jorge Bordello. En dicho espacio, la creación visual fue explorada a través de recursos que habitan la cotidianidad de les participantes. A partir de una metodología enfocada en las tensiones entre el documento y la ficción, el archivo privado y el relato colectivo, las trayectorias seropositivas fueron encaminadas hacia la producción gráfica. De este modo, la imagen no fue concebida como una ilustración subordinada a la palabra, sino que fue dotada de una naturaleza autónoma. Mediante la intervención de estos recursos, el diagnóstico, el cuerpo y la intimidad fueron articulados como un montaje político frente a la vida pública.

del interlocutor.

El chisme no es un secreto, es un proceso microhistórico. Debe transmitirse en la intimidad para mantenerse vivo a través de vicarios; es su entorno y agente social respectivamente. El chisme debe protegerse en periodos específicos. Si la información completamente ilegítima llega a oídos equivocados, no del enemigo, sino del rigor de la comprobación, el mismo propósito de su furtividad termina convirtiéndose en simple información. Son intimidades entre el mausoleo y el museo.

¿Por qué se empeñan los vivos en silenciar el rumor de los muertos? ¿O en nuestro caso el chisme vivo?

Porque no se entiende lo que decimos. Escucharnos y mirarnos al mismo tiempo es imposible. El espanto hace allí el desierto.

> *¿Quién se atrevería a escuchar? Aun cuando escucharan no entenderían. Hablamos una lengua que no se conoce. Si la sabes, eres de nosotros*».
>
> *Los trabajadores del mar*. Victor Hugo, 1866.

Antes de comenzar

¿Qué puede hacer la escritura cuando las narrativas sobre la experiencia seropositiva parecen ya agotadas? En un contexto saturado de imágenes, discursos médicos, campañas institucionales y relatos estandarizados sobre el VIH, existe el riesgo de que la abundancia de representaciones produzca, paradójicamente, una nueva forma de invisibilidad. Cuando una historia se repite bajo los mismos marcos, termina por ocultar la complejidad de las vidas que intenta nombrar.

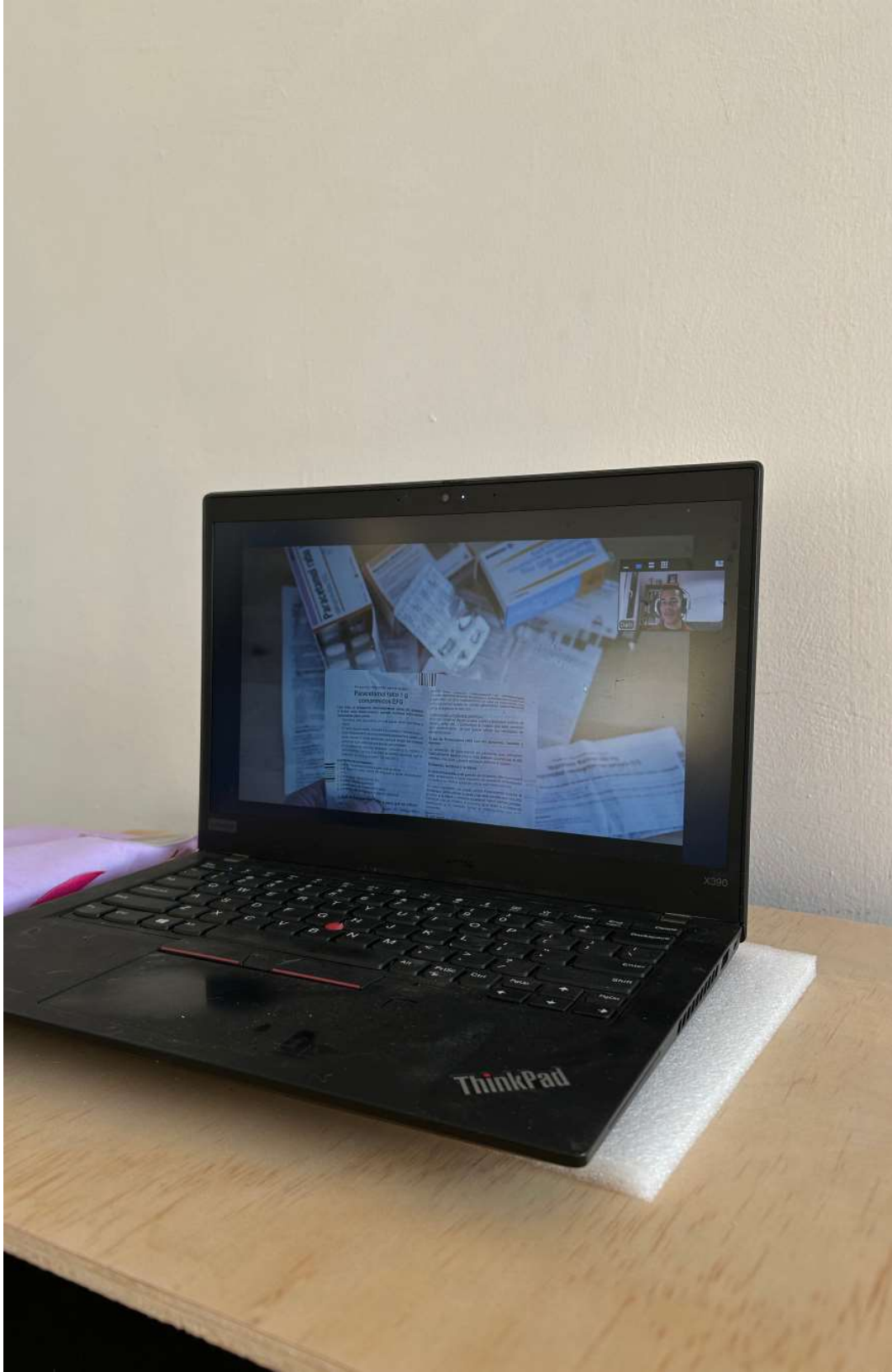
El taller «Sembrar la cura», facilitado por Daniel Cortez Abreu, partió de esa inquietud: abrir un espacio donde la imaginación, la escritura y la experiencia pudieran encontrarse para producir otras metáforas posibles. Más que explicar el VIH o describirlo desde los lenguajes dominantes —clínicos, preventivos o biográficos—, la propuesta consistía en desplazar el punto de vista:

> «*¿Qué ocurre cuando dejamos de hablar únicamente en términos de enfermedad, tratamiento o diagnóstico, y comenzamos a imaginar la cura como un proceso colectivo, simbólico y creativo*?»

La escritura fue la herramienta elegida para ese desplazamiento. Escribir permite entrar en otra temporalidad: una más lenta, reflexiva y abierta a la deriva. Permite también hablar desde lugares distintos, incluso desde el anonimato, y construir un espacio común con herramientas simples —un lápiz, una hoja, una conversación— que siguen siendo tecnologías profundamente democráticas. Pero, sobre todo, escribir puede ser una forma de crear vínculos, de compartir experiencias y de imaginar juntes otros futuros posibles. A partir de una consigna inicial —«*Al fondo del bote de medicinas apareció una semilla…*»— les participantes

La dirección del foco

Por MC


ThinkPad

Según el Fiscal Federal del Distrito Sur de Nueva York, «durante años, Gilead buscó aumentar las ventas de sus medicamentos contra el VIH de forma ilegal, a través de programas de conferencias que usaba para pagar sobornos a los médicos»[1]. Los invitaba a viajes, a comidas en restaurantes de lujo y les extendía unos honorarios escandalosos para que participaran en las conferencias que la compañía misma organizaba. Gilead presentaba este entramado como actividades de formación, pero el fiscal explica que, en realidad, funcionaba como vehículo para el pago de comisiones encubiertas con el objetivo último de agasajar a los médicos para que recetaran sus medicamentos.

Gilead, la farmacéutica que comercializa los medicamentos que nos mantienen con vida, funcionó de forma corrupta al menos durante los años que duró la investigación, de 2011 a 2017. Esto implica que una buena parte de su negocio se dio fuera de foco, entre cuchicheos y en la oscuridad, en espacios con acceso restringido y a través de sutiles estrategias. El fiscal detalla sus prácticas.

(1) «*For years, Gilead unlawfully sought to increase sales of its HIV drugs, by using its speaker programs to funnel kickbacks to doctors*» (https://www.justice.gov/usao-sdny/pr/us-attorney-announces-202-million-settlement-gilead-sciences-using-speaker-programs. La traducción es mía).

Gilead no es una excepción. En realidad, funcionó como casi cualquier farmacéutica[2].

Como revela este caso, la respuesta al VIH es una infraestructura política y corporativa llena de penumbras y mutismos. Se construye cada día a puerta cerrada. Busca recovecos en la ley y pervierte el lenguaje. Cuando el paciente entra en la consulta, cierra tras de sí y se expone al cuidado del médico. Ahí, a menudo, hay violencia. Cuando el representante de la farmacéutica entra en la consulta, cierra tras de sí y expone los productos de cuidado al médico. Ahí, está demostrado, hay corrupción.

La corrupción de las corporaciones, las instituciones de salud y algunos profesionales médicos no es el único frente de lucha para las personas con VIH, ni mucho menos. El estigma sigue siendo rampante, así como la soledad, el miedo, y los retos de envejecer con el virus que apenas vamos conociendo. Pero cuando pienso en visibilidad pienso en corrupción porque es una distorsión que ocurre en la sombra y que determina, en gran medida, el precio de los medicamentos, la falta de opciones y de acceso al tratamiento y otras formas de cuidado. Toda esta trama deteriora, además, la confianza de las personas con VIH con respecto al sistema del que depende su vida.

[El sistema que refiero aquí no es un ente abstracto sobre el que cargar las culpas. *La culpa es del*

(2) La bibliografía sobre el *modus operandi* de las farmacéuticas es muy rica. Destaco *The Truth About the Drug Companies: How they Deceive Us and What to Do About It* (2005), de Marcia Angell, que sentó las bases para muchas de las críticas que vinieron después. Angell es doctora y fue editora de la prestigiosa The New England Journal of Medicine durante los 1980 y 1990, durante los años más duros de la epidemia de sida.

PARTE 2

En algún momento entendimos que ésa era una proclama, ante todo, autodirigida, de nosotres para nosotres. El destinatario del mensaje mutó, se estrechó: ya no se reclama tanto al gobierno, a la industria, o a la ciencia. Al menos no en las geografías que yo habito, a veces autocomplacientes porque se saben con los recursos a mano.

Ahí va mi propuesta: La visibilidad es útil cuando uno aparece por un instante en el haz de luz que crea el foco, pero no debemos hacer hogar ahí. No debemos enamorarnos de tener el foco sobre nosotros, dejarnos encandilar por él. En cuanto nos ilumine, nos movemos, nos vamos detrás de él, lo empuñamos y lo giramos hacia arriba, que ilumine y pida explicaciones y respuestas a este sistema de sombras que dice cuidarnos.

Escribo esto y vuelvo a pensar en mi propio diagnóstico. La siguiente vez que fui a ese médico, tras la cita en la que me recetó lo que él llamó el medicamento B, me dijo que sería la última. Tenía demasiados pacientes y ya no me podía atender más. Me diagnosticó, me puso en tratamiento crónico, y en la siguiente cita me despidió. Tuvo tiempo para recetarme, pero no para hacerme seguimiento.

Años después vuelvo a revisar su web. Parece que ahora el hospital o la ley les obliga a incluir un apartado donde los doctores revelan —más o menos, pues dan pocos detalles— sus «Relaciones con la industria». Allí, en su perfil, está Gilead, con la que este doctor colabora en «consultoría y otros servicios profesionales». La sección cierra con este mensaje del hospital: «Los pacientes pueden desear [literal: wish] preguntar a su médico sobre las actividades que realiza para estas empresas.»

Yo deseo mucho hacerle esas preguntas. *I wish*. Si yo pongo visibilidad, que él ponga transparencia. El foco para ambos.

sistema. No. Y sí. El sistema al que señalo es específico: me refiero al aparato institucional—estatal y supraestatal, corporativo, legal, científico—encargado de la respuesta al VIH. Me refiero a sus lógicas y a sus prácticas, que a menudo ocurren en la oscuridad, pero que no tienen nada de abstractas. Son muy específicas. Una de estas prácticas es precisamente el ciclo de conferencias remuneradas con cifras astronómicas que Gilead patrocinó para que los médicos recetaran sus medicamentos y no los de la competencia].

A mí me diagnosticaron VIH positivo en 2015. Fue en un conocido hospital de Nueva York.

El doctor me pidió que me sentara en la camilla para explorarme los ganglios, posibles lesiones cutáneas y el patrón respiratorio. A continuación, se sacó un rotulador del bolsillo y escribió tres letras gigantes—A, B, C—sobre el papel desechable que protege la camilla, justo al lado de donde yo estaba sentado.

¿Hay en tu familia algún historial de problemas cardíacos?, me preguntó.

Sí, respondí.

Entonces tu tratamiento es B.

Me pidió que me levantara, retiró el papel protector donde había escrito las letras, lo hizo un ovillo y lo tiró a la basura. Me extendió la receta y me pidió que volviera en un mes y medio. Nunca supe a qué tratamientos se correspondía cada una de las otras letras. B, me enteré luego, se refería a Stribild, la medicina estrella de Gilead en aquel momento. Yo estaba abrumado con mi diagnóstico y no sabía qué preguntar. Prácticamente no tenía voz, mi cabeza estaba en otra parte. En ninguna parte, más bien. Hubiera dicho que sí a todo lo que el médico me hubiera recomendado.

Cuando planteamos la visibilidad como problema

o como reto, estamos pensando en nuestra visibilidad y asumiéndola, quizás, como una posición necesaria para la lucha. Sin duda, es una herramienta útil. Es, también, una experiencia que transforma una vida. Hay algo que cambia cuando uno habla abiertamente de su diagnóstico.

Pero me surgen preguntas. Ahí va una de muchas:

> *¿Puede nuestra visibilidad ser también una forma de arrojar luz sobre un sistema lleno de penumbras, que, al cuidarnos, nos explota o nos abandona?*

[Aclaro: pienso esta pregunta para los contextos que mejor conozco, que son el español y el estadounidense. Entiendo que funciona diferente en otros lugares].

Para responder, viajemos a los orígenes, a la proclama *Silencio=Muerte*, que es prácticamente fundacional del arte y el activismo del sida. La seguimos enarbolando tanto que su mensaje nos parece evidente. No pronunciarse conduce a la muerte. Es eso, ¿no? No dejarse notar, no aparecer en el espacio público abre una herida (la de la falta de respuesta por parte del sistema) sobre otra herida (la de la infección por VIH); un debilitamiento (el del abandono por parte del sistema) sobre otro debilitamiento (el de la pesadumbre que suele acompañar al diagnóstico).

Sin embargo, esta equivalencia lógica entre silencio y muerte no reivindica la visibilidad, sino el ruido. Entiende el campo de intervención no desde el hacerse ver, sino desde el hacerse oír. No era fundamental ser seropositivo visible en los 80 y 90 para poder formar parte de la lucha. Lo que sí se requería era capacidad de montar escándalo para protestar frente a la desatención calculada del sistema. Gritos contra el abandono y el abuso para forzar la réplica. Bullicio en la

consulta médica, en la calle, en la sede de las compañías farmacéuticas y de las instituciones nacionales de salud. Ruido que revelase las mentiras y los silencios sobre los que se sostenía el mundo.

«Gilead firmó un acuerdo para evitar los costes y las distracciones de un posible litigio»[3], dice la propia compañía. Pagaron 202 millones de dólares para que el juicio no siguiera adelante. Un *settlement*. No mucho, en cualquier caso, para una empresa que, solo en 2024, ganó 28,800,000,000 de dólares [4]. Es tanto dinero que es difícil de leer: veintiocho mil ochocientos millones de dólares, o, en inglés, *twenty-eight billion eight hundred million*.

Lo importante aquí es, además, el lenguaje, porque también lo corrompen. En ese mensaje mismo llaman «distracción» a la labor del fiscal general que comprueba la adherencia de las compañías a las reglas de comportamiento e integridad comercial. Qué irónico, que la farmacéutica que nos pide cumplimiento con nuestros tratamientos sea demandada por incumplimiento de las normas éticas de su industria. Gilead es mala adherente. Mala, mala.

La próxima vez que el doctor me diga que debo adherirme mejor, le voy a pedir que no me distraiga.

En Silencio = Muerte, tal y como se lee hoy, hay otro desplazamiento. Se trata de una inversión de las posiciones en el orden de los actores de la comunicación.

(3) https://www.gilead.com/company/company-statements/2025/gilead-statement-on-settlement-agreement-with-us-department-of-justice-resolving-legacy-compliance-matter

(4) https://www.gilead.com/news/news-details/2025/gilead-sciences-announces-fourth-quarter-and-full-year-2024-financial-results?utm_source=chatgpt.com